

La caza de brujas que agitó los dos continentes; las persecuciones sistemáticas de la Inquisición que aterrorizaron el espacio hispánico; la expulsión de los judíos y moros acá y de los hugonotes allá, constituyen los aspectos más espectaculares del inmenso proceso de **homogeneización** cultural orquestado a partir del siglo XVI por las clases dominantes europeas: Iglesia, Monarquía, nobleza feudal, con la complicidad parcial y variable del resto de la población.

Tras la brillante **pléyade** de estudios recientes (Guinzburg, Muchembled, **Bennassar**...), que han confirmado intuiciones más antiguas (N. Elías), no se puede dudar de la exactitud del aserto anterior. Una cultura popular bulliciosa, pre o **a-cristiana**, se encontró bruscamente agredida y dislocada. Perdida su coherencia interna, pasó a convertirse en un folklore residual.

Una vez recordado el anverso represivo del fenómeno (y conviene tenerlo presente), parece necesario advertir que comporta **también** un reverso: la búsqueda de la adhesión popular. Pues la represión sólo es el elemento negativo de la mayor campaña de propaganda jamás organizada hasta entonces. En los países protestantes, esta campaña se centró en el Libro, con cuyo apoyo se fundieron la justificación por la Fe y la antigua tradición judaica para prohibir las imágenes. La única forma de arte solicitada por ellos, en razón de su ausencia de plasticidad, fue la música sagrada: de ahí la fuerza afectiva de los salmos como vehículo masivo de la Reforma.

Instruida por la experiencia dramática de la herejía, la Iglesia romana adoptó la posición contraria (y la lucha intensificó las divergencias). Para ello, filtró al máximo el acceso a la palabra de Dios y valorizó en revancha todos los mediadores culturales (culto a los santos, imágenes y

INTRODUCCION

GUY LEMEUNIER

reliquias, sacramentos, ceremonias, cofradías), menos peligrosos puesto que el clero, mediador humano, ejercía sobre ellos una creciente vigilancia.

Al reafirmar el valor religioso de los objetos y de los ritos en torno a los cuales se **«institucionalizan»** los contactos con el más allá, la Iglesia católica tomó la delantera a las masas casi analfabetas que estaban profundamente apegadas a ellos. La lectura, para una Blite bien controlada, y, para la masa, imágenes, procesiones, santuarios, cada vez más numerosos, bellos y coloreados hasta el delirio, pero un delirio que no tiene nada de místico, sino que está controlado y expurgado. En cuanto a los sermones administrados por esta Blite, están en consonancia con el conjunto. Por supuesto, se puede calificar de **demagógicos** los medios de la conquista espiritual, pero no se puede evitar la sensibilidad hacia esta tentativa de seducción.

El país en el que las **técnicas** conjuntas de represión y seducción culturales alcanzaron un desarrollo mayor, se unieron en estructuras más absorbentes y lograron un resultado más estable, fue España, por múltiples razones que no podemos repetir aquí. La Inquisición fue la otra cara (pero **también**, de alguna manera, la condición) de la apoteosis de las artes y las letras. En España, durante el Siglo de Oro, la pintura era ante todo religiosa; la retórica, sagrada; el teatro, en amplia medida, **sacramental**. Las formas de sociabilidad hasta el

siglo XIX se mantuvieron preferentemente confraternales. Y en nuestros días, las procesiones de Semana Santa no parecen en absoluto en trance de decadencia.

Este dossier se consagra, esencialmente, a los mediadores religiosos de la España moderna o, por lo menos, a algunos de entre ellos: reliquias, imágenes, ceremonias y oratoria sagrada. El acento ha sido puesto deliberadamente sobre este último elemento cuya particular importancia en la cultura barroca española contrasta con la reducida atención que se le dedica hoy día.

Dada la diversidad de **técnicas** de estudio exigidas por cada objeto, se ha dado la palabra a los especialistas. Cada uno en su campo, con el **método** y lenguaje que les son específicos, se han expresado con toda libertad sin plan ni cuestionario previo. A propósito de temas **conexos**, se verá que los historiadores, historiadores del arte y de la literatura, lingüistas y antropólogos no se mueven en los mismos planos, que en los intersticios de los diferentes discursos subsisten grandes vacíos. Más que presentar un «saber en migajas»), este **dossier** querría incitar a especialistas y lectores preferenciales de cada disciplina a la reflexión y, por medio de ella, contribuir al relanzamiento de los estudios concernientes a los objetos culturales.

Entre las diferentes contribuciones, la unidad se realiza por medio de la referencia común al más allá y, concretamente, en la mayor parte de los casos, a la Muerte, muerte ambigua, ceremonia del dolor. Para que aparezca **más** claramente la referencia a la experiencia cotidiana, el **dossier** se abre con el recuerdo de un hecho demográfico: el impacto de la muerte catastrófica en el momento en que se cristalizan precisamente los diversos elementos de la cultura barroca española.